

## Comentario de texto

### Para La Misma

Miré al sentarme a la mesa,  
bañado en la luz del día  
el retrato de María,  
la cubana-japonesa.

El aire acaricia y besa,  
como un amante lo haría,  
la orgullosa bizarría  
de la cabellera espesa.

Diera un tesoro el Mikado  
por sentirse acariciado  
por princesa tan gentil,

digna de que un gran pintor  
la pinte junto a una flor  
en un vaso de marfil.

#### Localización.

Sonetillo octosilábico dedicado por Rubén Darío a la señora María Cay, a la cual conoció durante su estancia en la Habana. Segundo de una serie de dos (de ahí el título) que dedicó a esta cubana-japonesa y que incluyó en su obra *Prosas Profanas*.

#### Estructura y recursos.

El poema se inicia con un verbo, “Miré”, como si ya desde la primera palabra quisiera el poeta, con un verbo sensorial, dejar clara su inequívoca adscripción modernista. La Belleza, desiderátum del movimiento finisecular, va a entrar a borbotones en nuestro interior por la puerta de los sentidos, y no quiere Darío retrasar su expresa declaración.

Hay otra puntualización muy importante en esta primera redondilla, tan importante que Rubén nos da hasta tres pistas sobre ese particular en estos cuatro versos: no hay intimidad entre el poeta y la bella, no se trata de un poema de amor. Y nos lo hace ver primero, sentándose “a la mesa”, lugar poco adecuado a la intimidad amorosa; segundo, dirigiendo sus requiebros no a la dama, lo que hubiera podido ser más comprometedor, sino a su “retrato”; y tercero, lo hace a plena luz del día, luz que “baña” el retrato de María, y que, por lo tanto, no es una luz tenue o difusa que pudiera parecernos sugerente o propicia al coqueteo. Quedan claras, pues, las intenciones del

poeta, que no se coloca en el plano del amante dirigiéndose a la amada, tal vez por la condición de prometida del general Lachambre que tenía María Cay en aquellos momentos, sino como simple admirador, un poco distante, de su hermosura. Así, esta primera redondilla tiene un aire más bien de dedicatoria, y a ello contribuye la ausencia total de adjetivación en los primeros cuatro versos.

Respecto a los tiempos verbales, se puede destacar cómo el modo perfectivo del indefinido pone distancia entre ese “Miré” y el resto del poema con verbos en presente; el poeta, en un primer momento (primera estrofa), “miró” el retrato colocado en un plano físico de realidad material y, sin embargo, el resto del poema opera en otro plano más de ensoñación, más desiderativo que el que aquellos objetos: mesa y retrato parecían proponer.

En cuanto a recursos estilísticos, otro detalle que destaca en el primer verso es la **aliteración** de *m* “*Miré* al sentarme a la *mesa*”, la *untuosidad* de las nasales nos causa la impresión de deliciosa expectativa ante lo que nos podamos encontrar sobre esa mesa, parece que estamos —ummm— relamiéndonos por anticipado ante un festín.

Hay otro punto muy del gusto de Rubén Darío, que aflora en el cuarto verso: la dualidad. La poesía de Rubén está poblada por todo un mundo de personajes ambiguos y duales —el Centauro, protagonista absoluto de uno de sus principales poemas, puede ser paradigmático—; en el poema que nos ocupa, la dualidad la representa la propia protagonista por su condición de cubana-japonesa, dándose en ella la fusión de esos dos mundos distantes, casi antitéticos.

Pasando a la segunda redondilla, hace su aparición “el aire”, otro elemento que campa con profusión por los poemas modernistas, y que aparece ya en el título del primero de los poemas de *Prosas profanas*: “Era un aire suave”; ese céfiro cuyos vuelos ritmaba allí el hada Harmonía, aquí usufructa el papel del amante real que no puede serlo. Así, este viento “acaricia y besa”, y en la cópula de los dos verbos más la posterior apostilla: “como un amante lo haría” entrevemos lo que quisiera hacer el poeta; pero lo deja en los figurados labios y manos del meteoro, **personificación** de la que se vale Darío para adecuarse a ese tono galante que venimos observando.

Aparece la adjetivación en los versos 7 y 8, dos adjetivos, antepuesto el primero y pospuesto el segundo, que forman un conjunto de tono quiasmático. Dos versos que son la exigua propuesta descriptiva que deja envuelta en un halo de misterio a la protagonista, y descripción enfocada sólo sobre un elemento de la anatomía de la dama:

la cabellera, elemento, por otra parte, poco comprometedor, reincidiendo en esa galantería distante.

Se inicia el primer tercetillo con un verbo, como lo hiciera la primera redondilla, que focaliza la atención sobre la **hipérbole** “Diera un tesoro”, y el personaje que debiera ofrecer ese tesoro no es un cualquiera, es el *Mikado*, el emperador del Japón; apreciándose en ello dos de las características de la escuela modernista rubeniana: el gusto por el lujo y por los lugares exóticos y lejanos, haciendo alarde, además, del cultismo léxico.

La **anáfora** de los dos versos siguientes (10 y 11) da cadencia al ritmo del poema, ritmo tan perseguido siempre por Rubén Darío en toda su poesía —recordemos el “Ama tu ritmo y ritma tus acciones” del primer verso de su conocido soneto, incluido en la sección “Las ánforas de Epicuro” de esta misma obra, *Prosas Profanas*—. También contribuye a lo acusado del ritmo final del poema la terminación oxítona de los seis últimos versos, sobre todo esas dos agudas *i* finales de cada estrofa, que nos transmiten la sensación de que un claro y afinado sonido, como la reverberación de unas campanillas, queda resonando en nuestros oídos.

La bella ha pasado a ser “princesa gentil” abundando en el tono hiperbólico del tercetillo. También podemos atisbar una cierta **dilogía** en el adjetivo “gentil”, si nos alejamos del sentido lógico de *gracia* o *donaire*, más factible por la determinación del cuantificador, para acercarnos a la acepción de tono religioso, pues ya sabemos del gusto de Darío por las religiones alternativas y el esoterismo: ¿donosa o pagana?, puede reflejar una inquietante ambigüedad.

Y llegamos a la última estrofa. Y qué mejor broche para un poema de tono tan acentuadamente modernista que la palabra “marfil”, arquetipo de lujo y exotismo, que se armoniza con la flor y la dama: la belleza junto al color y la armonía —los tres elementos clave de la estética del movimiento—, que han de quedar eternizadas, a salvo de la acción corruptora del tiempo, por la mano de un pintor, pero no de un pintor cualquiera, de un “gran pintor”, pues sólo un maestro podría reflejar el paradigma del Ideal rubeniano.

### **Conclusión.**

El poema es un sonetillo de arte menor que el poeta nicaragüense Rubén Darío (nacido Félix Rubén García Sarmiento) dedicó a la hermana de [Raoul Cay](#), al que

conoció, entre otros artistas, durante la escala que hizo en 1892 en La Habana, cuando viajaba por primera vez hacia España.

La original belleza y la exótica dualidad de María Cay: cubana-japonesa, no pudo menos que excitar el estro del poeta, el cual le dedicó dos composiciones, de ahí el título de éste, el segundo de los dos. Ambas aparecieron en su obra axial *Prosas Profanas*, cuya primera edición vio la luz en Buenos Aires publicada por la Imprenta Pablo E. Coni e Hijos en 1896, y que fue patrocinada por Carlos Vega Belgrano a quien Darío dedica el libro. En su segunda edición, la de París (1901), se le agregan tres secciones: “Cosas del Cid”, “Dezires, layes y canciones” y “Las Ánforas de Epicuro”.

La levedad del arte menor se adecua perfectamente al aire de circunstancias de estos poemas —Rubén los llamó “Dos galanterías” en su autobiografía—. Avala también este aire de distanciamiento de la intimidad amorosa del poeta el hecho de aparecer la protagonista plenamente identificada con su nombre real, pues como bien escribió Pedro Salinas<sup>1</sup>, en la poesía amorosa —o erótica, como prefiere llamarla el poeta madrileño, lector de La Sorbona— de Rubén no aparece «una imagen femenina definida, discernible y apersonada» entre sus muchas y pasajeras amadas, hasta el punto de que el propio vate centroamericano llegó a denominarlas “fantasmas de mi corazón”.

Homenaje lírico, pues, a una beldad de la alta sociedad habanera, en la clave colorista y sensual de esa primera época modernista de Darío, más desenfadada, menos trascendente que la posterior de *Cantos de Vida y esperanza*. Dedicatoria que podría figurar con honores en uno de esos álbumes «que la bella envía al hombre distinguido para que éste estampe en una de sus inmensas hojas, si es poeta, unos versos», como dejó escrito Larra en su magnífico artículo.

Manuel Berriatúa      Septiembre 2010

---

<sup>1</sup> Pedro Salinas, “Rubén poeta erótico”, en *Historia y Crítica de la Literatura Española*, vol. 6, ed. Crítica, dirigida por Francisco Rico.